

LOS «AMERICANISMOS» DE FRAY PEDRO SIMÓN

Mi antigua vinculación con el Instituto Caro y Cuervo me otorga el privilegio no solo de contarme entre la nómina de sus colaboradores españoles, sino también el de recibir las publicaciones — esmeradas impresiones de los talleres de Yerbabuena — que viene incansablemente realizando, como ejemplo de que la “Atenas de Suramérica” no ha extinguido su pasión por el Humanismo y la Cultura. Gracias a este privilegio me llega por el correo, con una felicitación navideña y de Año Nuevo de su director, la edición del *Vocabulario de americanismos* (título facticio de una parte de sus *Noticias históricas*) que el benemérito franciscano denominó *Tabla para la inteligencia de algunos vocablos*. Sobre esta fracción de la obra de Fr. Pedro, que no fue nunca repetida en modernas ediciones, pese a la promesa de hacerlo, con su acostumbrada ligereza, en la suya por Juan Friede, quiero hacer algunas reflexiones como un hispano-hablante peninsular, sobre algunos pretendidos “americanismos” de esta *Tabla*, no para tachar de ignorante al bien intencionado fraile, sino quizá para explicar por qué le parecieron de “allá”, con pensamiento español, voces que ya tenían carta de naturaleza en España, y que procedían etimológicamente de viejas raíces, o ibéricas o latinas.

Como no todos los lectores van a tener a mano la preciosa edición del Instituto, con Introducción, presentación y notas de Luis Carlos Mantilla Ruiz (O.F.M.), que demuestra su buena talla de historiador y crítico, comenzaré por copiar las cortas líneas que el propio Fr. Pedro antepone a su breve diccionario de vocablos, que él cree de origen indiano. Veamos:

PARECIOME al principio destes libros / poner una declaración por modo de Abecedario / de algunos vocablos, que solo se usan en estas / partes de las Indias Occidentales que se han tomado / de algunas naciones de los Indios, que se han ydo paci- / ficando; y para mejor entenderse los españoles / con ellos en sus tratos, los han usado tan de ordinario / que ya los han hecho tan españolizados, que no nos po / demos entender acá sin ellos, ni declararnos en las histo / rias sin introduzirlos: y así para que esta no tenga ne- / cesidad de yrlos declarando en todas las partes donde / los tocáremos, que sería estropear con enfado tras cada / hoja, y el lector los halle declarados juntos si en la histo / ria no los entendiere, por ser para él desusados, me / pareció sería a propósito esta diligencia.

Pero ase de advertir, que no todos son comunes en / su origen a todas las tierras de donde escriuo, por auer- / se tomado de diuersas partes dellas y lleuádose de u- / nas a otras, en especial de la isla de Santo Domingo, / que

como fue la primera tierra que se descubrió, toma / ron allí muchos los castellanos y los llevaron, y intro- / duxeron en otras, que se fueron descubriendo: pero ya / (como he dicho) se han hecho comunes a Indios, y Espa- / ñoles.

Todo este breve, pero sustancioso, párrafo de Fray Pedro merece una glosa inicial, porque sin proponérselo nos dice, sin declarárnoslo, algunas importantes cosas, que han pasado inadvertidas a los editores, y hasta al mismo minucioso Fr. Luis Carlos Mantilla. Por ello quiero detenerme en todo lo que nos brinda Fr. Pedro en las trascritas líneas, que son, como voy a exponer, un acabado tratadillo etnohistórico.

En primer lugar: que en las Indias comenzaba a usarse un lenguaje mestizo, por la incorporación de vocablos indígenas, no solo para entenderse con los indios, sino entre los mismos españoles que allí habitaban, y que no hubieran sido entendidos por los que lo leyeran — por ejemplo — en Cuenca, donde se editó el libro al filo de la muerte del franciscano autor. En segundo lugar: que los castellanos (así los llama todavía, a comienzos del siglo xvii) fueron un vehículo de dispersión de palabras indígenas (como *canoa* o *cacique*) por todas las Indias españolas, y en tercer lugar, que gran número de ellas procedía de las Antillas (él dice solo Santo Domingo), decanas de la implantación de la soberanía española en América. Cuadro vivo de la vida del español en Indias, que no solo podía usar su vocabulario, sino que para poder expresarse sobre las cosas de la tierra, había de emplear palabras nacidas en ella, o “españolizadas”, como dice Fr. Pedro, y que no tendrían sentido ni comprensión si se emplearan en España, porque definían “cosas” indianas. Hasta aquí lo que la agudeza o “sentido de observación de Fray Pedro Simón”, como dice el P. Mantilla, le deja decir en la introducción a su *Tabla*. Pero hay más que observar y, por ello, sigo adelante.

Al leer, línea a línea, la *Tabla* me he dado cuenta de la ingenuidad del P. Simón, y de una especie de también inocente ignorancia de la propia lengua castellana que le hace atribuir a vocabulario indiano lo que era antiguo patrimonio español, quizá entonces obsoleto, pero no por ello de origen nativo de las Indias. Después, como vamos a ver, de haber hecho el elogio de Fr. Pedro, hagamos un pequeño — y sin acritud — reparo de su *Tabla*. Nada mejor para ello que seguir su orden alfabético y marcar la crítica oportuna. Sigamos, pues, su orden.

Haré antes, no obstante, una pequeña introducción. He elegido aquellos vocablos que claramente están erróneamente introducidos en la *Tabla*, pero no objeto según mi solo criterio, sino que me apoyo en la autoridad de Joan Corominas (*Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Editorial Gredos, 1961) para fijar que antes de que Fr. Pedro saliera de España, el vocablo ya se usaba, y en la contemporaneidad actual de otro diccionario, valioso para

saber si las palabras tienen antigua y actual validez: el de María Moliner (*Diccionario del uso del español*, Madrid, Editorial Gredos, 1962, y reediciones).

Vayamos con los vocablos:

ALMOFLEX. Es una bolsa grande del tamaño de un colchón, hecho de sayal basto, o de mantas de algodón, que sirve de meter en ella toda la ropa de la cama, con los colchones, para llevarla de camino, por ser las tierras despobladas y no hallarse donde dormir, si no se lleva la cama; para lo cual se usa también de petacas. (Hasta aquí FR. PEDRO).

— Funda en que se llevaba la "cama de camino". (MOLINER, vol. I, pág. 143).

Mi comentario no va por el camino filológico ni de la etimología, sino por el de la historia — documentada — del lenguaje, apoyada por un testimonio hispano-colombiano, que vale la pena recordar, antes de que los que conocemos la anécdota nos vayamos de este mundo. En 1908 la dama colombiana D^a Soledad Riaño Ruiz, viuda de Gaibrois (mi abuela materna), viajó a España con su hija doña Mercedes Gaibrois Riaño (mi madre); al desembarcar en Cádiz pidió a los mozos porteadores que tuvieran cuidado con sus baúles de mimbre (forrados con mantas de algodón), donde venían sus colchones y ropa de cama — coincidiendo con la definición de Fr. Pedro y de María Moliner —, rogándoles que tuvieran buen trato con sus *almofrejes* (que ella pronunciaba con *x*, o sea *almofrexes*), lo que no entendieron los solícitos mozos gaditanos. En Sevilla, en casa de su concuñado D. Saúl García de Paredes, cónsul de Panamá en la ciudad del Guadalquivir, hubo los comentarios — según mis noticias — usuales a la diferencia de vocabulario en España y sus antiguas colonias. Y entonces quedó así la cosa. Pero...

Pero pasaron los años. D^a Mercedes (mi madre, cuyo retrato adorna la sala de sesiones de la Academia Nacional de la Historia colombiana, en Bogotá) casó — felizmente para mí — con D. Antonio Ballesteros, catedrático de Historia Medieval (entonces) de la Universidad Hispalense, y con el tiempo se convirtió en una consumada medievalista, enamorada de la vida castellana y navarra de los siglos XIII, XIV y XV. Y su investigación cumbre fue la *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla* (Madrid, 3 vols., 1922-1928) que le valió el primer sillón femenino (en doscientos años de vida de la institución) de la Real Academia de la historia de España. En este trabajo descubrió y publicó las *cuentas reales* del reinado de Sancho IV y en ellas vienen mencionados (vol. III, *Apéndices*) repetidamente, en los viajes del rey y su valiente esposa, D^a María de Molina, los *almofrexes* que trasportaban los lechos reales.

Seguramente la palabra quedó vigente entre los andaluces que marcharon a las Indias, pero no en Cuenca, y por ello le "sonó" a

extraña a Fr. Pedro. Pero siguió vigente en América, después de desaparecer en la propia Andalucía, donde la ignoraban los mozos porteadores de Cádiz.

BALSA. Palabra que procede del siglo XIII, quizá de origen ibero (según Corominas) y que es sinónimo de *ALMADÍA*. Es lógico que un conqueense también la ignorara.

BATEA. Equivalente a *ARTESA* (aún en uso en España) y que según la documentación de Corominas aparece ya en el año 1521, más de un siglo antes de la edición conqueense de Fr. Pedro. No es, pues, indiana.

BOLCÁN. Naturalmente *Volcán*. Noticia curiosa de la confusión ya existente en la pronunciación de la *B* y *V*: Palabra nacida en los archipiélagos atlánticos, ricos en volcanes (recuérdese el más importante, el Teide de Tenerife). Origen clásico, de *Vulcanus*, el de la fragua, pintada contemporáneamente a Fr. Pedro por Velázquez. Aparece ya en 1555.

CIÉNAGA. Que había muchas ciénagas en las Indias no puede dudarse, pero que allí inventaran el nombre y la denominación, es ingenuidad simoniana. Según Corominas aparece ya escrita en 1578, y es evidente que procede de un lugar con *cieno*, derivación del *caenum*, *barro*, latino.

CRIOILLO. "Es vocablo de negros y quiere decir persona nacida en la tierra y no venida de otra parte, el cual vocablo se ha ya españolizado, y significan con ellos (*sic*), nacidos en las Indias, a quien llaman criollos; y al nacido en una o en otra parte o ciudad llaman criollo de tal o cual parte" (Fr. Pedro Simón). Si tal fuera la verdad, aunque Fr. Pedro solo la escuchara de labios negros, podía tomarse como una ejecutoria mulata de todos los criollos hispanos de América. Es un error; deriva del portugués, y deriva de *criar* y aparece ya en 1590 (Corominas) como el "nacido en la tierra", y así los criollos argentinos se denominaron "hijos de la tierra" ... americana.

ESTERO. "Es la entrada que hace la mar por algunas bocas cuando crece, o el que hacen algunas avenidas de la tierra y quedan continuadas aquellas aguas en el mar", es la definición de Fr. Pedro. Vocablo que aparece ya en castellano, derivado del Latín *Aestuarium* (*estuario*) y que Corominas define como "terreno costero anegadizo que se inunda en la pleamar", coincidiendo con Fr. Pedro, que hombre de tierra adentro no debió conocer muchos estuarios y creyó que era denominación nacida en Indias.

MACHETE. Para Fr. Pedro es "vocablo vizcaíno", aparece ya en el año 1550 y se deriva de la II acepción de *macho*, derivado a su vez de *mazo*. Significa *hacha*, y con este valor se usa *macheta* en la región leonesa.

Curiosamente Fr. Pedro no incluye en su *Tabla* palabras que luego en el texto define, como en el caso del *TOPO* (el *TUPU* quechua), según reproduce Mantilla en su página 43, en que copia la descripción de lo que es este a modo de alfiler (Parte II, Noticia II, cap. 2. Ed. de Medardo Rivas, tomo II, pág. 122). Creo que leyendo atenta-

mente toda la obra, con fines exclusivamente lingüísticos, la *Tabla* ganaría muchos vocablos. Sin proponérselo, precisamente con este ejemplo del *Topo*, está Fr. Pedro confirmando el trasvase lingüístico realizado por los españoles, de una parte a otra de las Indias, ya que usa de esta palabra del mundo incaico hablando de las indias del Nuevo Reino. También muestra la "españolización", al hacer el plural a la castellana: *Topo-s*.

Y una última observación, que ya no tiene que ver con Fr. Pedro. En la transcripción de la *Tabla* facsimilar, se ha puesto *DURO*, por no haber leído bien la borrosa letra *X*, ya que el vocablo es *Duxo*, que podemos leer como *Dúho* o *Dujo*, como lo escriben los cronistas primeros, que hablan de estos asientos, de origen antillano. La culpa es sin duda del desgaste de los tipos de la imprenta conuense. En la misma línea — palabra *baxa* — la letra es mucho más clara y visible.

* * *

Esta es mi pequeña participación en el recuerdo del primer etno-lingüista que apreció la labor difusora de vocablos indígenas en las diversas "provincias" de las Indias, por obra de los españoles. Existe además, se me ocurre, para terminar, un espíritu sincrético de "adopción", por parte de los españoles, de aquellas palabras que más prácticamente denominaban una cosa que existía por doquier en las Indias, como *TIANGUIS*, *CACIQUE*, *CANOA*, etc.

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

Universidad Complutense de Madrid (España).

SOBRE EL USO DEL SUBJUNTIVO ESPAÑOL EN DOS DIALECTOS CARIBEÑOS: ANÁLISIS PRAGMÁTICO

En memoria de Rosalba Iuliano.

Lo que sigue constituye un informe preliminar sobre cierta investigación que vengo realizando tocante a la pragmática del modo español en la subordinación, es decir al uso que hacen los hispanoparlantes de la dicotomía Indicativo-Subjuntivo en oraciones incrustadas o *suboraciones*.